

René asió de la mano al asesino, intentando arrancarle el puñal; pero Onduré resistió y pasando su brazo izquierdo en derredor de aquel, procuró derribarle en tierra. Ambos guerreros se empujan y se rechazan, se desprenden y vuelven á asirse; hacen mil esfuerzos: uno para dominar á su enemigo y otro para conservar la adquirida ventaja; sus manos se entrelazan sobre el puñal, que este pugna por guardar, que aquel lucha por arrebatar. Ya se inclinan hácia atrás, y batallan por arrancarse el arma fatal, por medio de mútuas y violentas sacudidas; ya se obstinan en hacerse dueños de ella, haciéndola girar como el rayo de la rueda de un carro, para obligarse á soltarla por medio del dolor. Sus retorcidas manos se abren y cambian hábilmente de lugar á lo largo del puñal; su rodilla derecha se dobla, su pierna izquierda se estiende hácia atrás; su cuerpo se inclina hácia un lado y sus cabezas, se tocan, confundiendo sus desordenadas cabelleras.

Irguéndose súbitamente, ambos adversarios se aproximan pecho contra pecho, frente contra frente; sus tendidos brazos se levantan sobre sus cabezas y sus músculos se diseñan como los de Hércules y Anteo. En lucha tan frenética su respiración se acelera y suena fatigosa; cúbrense de polvo, de sangre y de sudor; y á semejanza de ese vapor de estío que la tarde desprende de un campo abrasado por el sol, un humo espeso se levanta de sus acardenalados cuerpos.

En las orillas del Nilo ó en los ríos de las Floridas, dos cocodrilos se disputan en la primavera una hembra brillante: ambos rivales se lanzan desde las opuestas márgenes del río y se reúnen en medio de su corriente. Abrázanse: abren las espantosas fauces; sus dientes se tropiezan con horrosos crujiidos; sus escamas se chocan como las aceradas armaduras de dos guerreros; corre la sangre por sus espumantes mandíbulas y salta á borbotones de sus ardientes narices; y en tanto, exhalan sordos mugidos semejantes al lejano retumbo del trueno.

Azotado el río por sus colas, muge en torno de ellos como en derredor de un bajel, combatido por la tempestad. Ora se abisman en los golfos sin fondo; y prolongada su lucha en la inmediatez de los infiernos, se estiende sobre las aguas un légamo impuro; ora suben á la superficie, se acometen con redoblado furor, sumérgense de nuevo y tornan á aparecer; y ocultándose y mostrándose una y otra vez, parece intentan eternizar su pavoroso combate; así se oprimian los dos guerreros; así se ahogaban entre sus brazos apretados con los nudos de ciega cólera. La yedra se enlaza menos tenazmente al olmo, la serpiente á la serpiente, la hermana al cuello de un hermano querido y el hambriento niño al pecho materno. La rabia de entrambos guerreros llegó á su colmo: el hermano de Amelia luchaba en silencio contra su rival, que le resiste prorumpiendo en roncós gritos. René mas ágil, tenia todo el arrojío de un francés, y Onduré mas robusto, toda la ferocidad de un salvaje.

El Eterno no habia pesado aun en sus balanzas de oro, el destino de aquellos guerreros: la victoria, pues mostrábase indecisa. Pero al fin, el hermano de Amelia reunió todas sus fuerzas, y asiendo con una mano el cuello del natchez, levantó los piés de este con los suyos, le hizo perder á la vez aire y tierra, le dió un rudo empujón con el pecho, le derribó como un pino y cayó con él. Onduré se debatía en vano: René, sujetándole con sus rodillas, le conminó con la muerte, levantando el puñal, arrancado al fin á una mano traidora. Ya generoso despues de su victoria, el hermano de Amelia sintió espirar su cólera: un albaricoquero cubierto de flores en las llanuras de la Armenia, oculta por un momento su hermosura, envuelto en una ráfaga de viento; pero despliega de

nuevo todas sus gracias al pasar el torbellino y la copa del árbol encantador sonrie inmóvil en medio de la ya serena atmósfera: no de otro modo recobró René la dulzura y la calma perdidas. Levantóse, y alargando al salvaje la cansada mano: «¡Desgraciado! le dijo; ¿qué mal te he hecho?» René se alejó, dejando entregado á Onduré, no á sus remordimientos, sino á la desesperación de haber sido vencido y desarmado.

LIBRO CUARTO.

El ángel protector de la América, que subía hácia el sol, habia descubierto el viaje de Satanás y del demonio de la Fama; y exhalando un suspiro al verlos, aceleró el movimiento de sus alas. Dejando á su espalda los planetas mas distantes del mundo: atravesó esos dos globos que los hombres, sumidos en las tinieblas de la idolatría, profanaron apellidándoles Mercurio y Venus; entró luego en esas regiones en que se forman los colores del sol en su ocaso y los delicados matices de la aurora; nadaba en unos mares de oro y de escarlata, sin sentirse deslumbrado entre aquellos torrentes de luz; y fija la mirada en el astro del día, llegó á su órbita inmensa.

Uriel le divisó, y despues de haberle dirigido el magestuoso saludo de los ángeles, le dijo:

«Espíritu solícito, á quien el Criador ha confiado la custodia de una de las mas hermosas regiones de la tierra; conozco el motivo que te conduce: mientras subias hasta mí, el ángel de la Cruz del Sur bajaba á este sol para anunciarme que habia visto á Satanás y su compañera lanzarse desde el polo del Mediodía. Yo habria comunicado ya esta noticia á los arcángeles de los soles mas apartados sino hubiese visto á dos ilustres viajeros que vienen como tú de la tierra y que en breve llegarán hasta nosotros, para proseguir su camino á los tabernáculos eternos. Descansa, pues, esperándolas aquí, pues no hay ángel alguno á quien no sorprendas la carrera á través del infinito; las dos santas podrán encargarse de tu mensaje, y darán testimonio de tu vigilancia, y tu volverás al puesto á donde te llama la audacia del príncipe de las tinieblas.»

El ángel de la América respondió: «¡Uriel! no sin razon eres elogiado en las mansiones celestiales; tus palabras están llenas de sabiduría y los ojos de que estás cubierto nada te dejan ignorar. ¿Te dignarás dar testimonio de mi celo? Sabes que las flechas del Altísimo son terribles y que devoran á los culpables. Puesto que las dos patronas de los franceses se levantan en los santuarios sublimes, con el mismo objeto que me ha conducido al astro cuyo curso diriges, voy á regresar á la tierra. Acaso me veré precisado á presentar rudos combates, porque parece que Satanás se ha rodeado de nuevas fuerzas.»

Uriel replicó: «No temas á ese arcángel, porque el crimen es siempre débil, y Dios te enviará su victoria. Digno de elogio es tu celo; pero puedes detenerte un momento para dar á tus alas algun descanso.»

Así hablando, el ángel del sol presentó al de América una copa de diamante, llena de un licor desconocido, en el que humedecieron sus labios; y las últimas gotas del néctar, cayendo sobre la tierra á modo de rocío, la cubrieron con un manto de flores.

El ángel de la América, mirando los campos del sol, dijo á Uriel: «Ardiente Querubin, si mi curiosidad no es intempestiva, y si es permitido á un ángel de mi gerarquía conocer tan altos secretos, ¿es

verdadero lo que se dice del astro que presides, ó es una mera conjetura de la ignorancia humana? Uriel repuso con apacible sonrisa:

«Espíritu lleno de prudencia, tu curiosidad nada tiene de indiscreto, pues no te propones otro fin que glorificar la obra del Padre, obra que el Hijo conserva y el Espíritu vivifica. Puedo satisfacerte fácilmente.»

«¡No! este astro que sirve de escabel al Eterno, no fue formado como los hombres imaginan. Cuando al poder vivificador de la palabra eterna la creación salió de la nada y el cielo celebró la noche y la mañana del primer día, la claridad que del Santo de los santos procedía, formaba por sí sola la luz del mundo.»

«Pero aquella luz, por tibia que pudiera ser, demasiado viva aun para el universo, amenazaba reducirlo á cenizas. Emmanuel pidió á Jehová recogiese sus rayos no dando salida sino á uno solo. El Hijo tomó ese rayo en su mano, lo rompió, y de su fractura saltó una centella que el Hijo llamó sol.»

«Entonces brilló en el cielo este lumínar que atrae á los planetas á su derredor, por medio de los hilos invisibles que saca sin interrupción de su inagotable seno. Yo recibí la orden de sentarme en su foco, menos para vigilar el curso de las esferas que para impedir su destrucción; porque cuando Jehová, al entrar en la profundidad de su inmensidad, llama á sí sus otros dos principios; cuando produce con ellos esos pensamientos que dan la vida á millones de almas y de mundos; en esos momentos de concepción del Padre, brotan tales fuegos del Tabernáculo que todo lo que existe sería aniquilado. Colocado en el núcleo del sol, me apresuro á estender mis alas é interponerlas entre la creación y la ardiente emisión para evitar el incendio de los globos. La sombra de mis alas forma en el astro del día esas manchas que los hombres desecubren y que en su vana ciencia han explicado de diferentes maneras.»

Así departían los dos ángeles, mientras Catalina de los Bosques y Genoveva llegaban al disco del sol.

¡Pueblo guerrero y lleno de genio, franceses! ¿es acaso un espíritu poderoso, un afamado conquistador quien protege desde el cielo nuestro doble imperio? ¡No! es una pastora en Europa, una jóven salvaje en América. Genoveva, natural de la aldea de Nauterre, y tú, Catalina de los bosques Canadienses, extendes en la sucesión de los tiempos vuestro cayado de haya sobre mi patria, y conservadle esa sencillez, esas gracias nativas que debe sin duda á sus patronas!

Hija de una madre cristiana y de un padre idólatra, á la sombra del techo de corteza de una familia india, Catalina, educada en la religion materna, anunció desde su niñez que el Esposo celestial la habia reservado para sus castos abrazos. Apenas habia cumplido cuatro lustros, cuando fue llamada á sus dominios incorruptibles, donde los ángeles celebran incesantemente las bodas de esas mujeres que se han divorciado del mundo para unirse al cielo.

Las virtudes de Catalina, resplandecieron despues que Dios cubrió de milagros tanto mas ricos y brillantes, cuanto mayores fueron en la tierra la pobreza y oscuridad de la santa. Honrada públicamente como patrona del Canadá, diósele culto á la margen de una fuente bajo el nombre de la buena Catalina de los Bosques. Esta virgen, que no cesa de proteger la Nueva-Francia, ni de interesarse á favor de los habitantes del desierto, volvía á la sazón de la tierra en compañía de Genoveva.

Las patronas de las hijas de San Luis temian las desgracias con que Satanás amenazaba la dominación francesa en América: un mismo movimiento de bondad las llevaba á mansiones celestiales para implorar

la misericordia de María. Penetradas de dolor, hasta el punto que pueden sentirlo las sustancias espirituales; derramaban esas lágrimas interiores que Dios concede á sus elegidos; experimentaban esa especie de conmiseración que el ángel siente por el hombre, y que lejos de alterar la pacífica Jerusalén, encuentra las felicidades que en ella se gozan.

Genoveva ostenta aun en su mano el cayado guardado de guirnalda de yedra; pero ese cayado es mas brillante que el cetro de un monarca de Oriente. Las rosas que coronan la frente de la hija de las Galias, no son ya las fugitivas rosas con que la pastora se adornaba en los campos de Lutecia; son esas rosas inmarcesibles que crecen en los campos maravillosos bajo las huellas del Cordero sin mancha. ¡Genoveva! una blanca nube forma todo tu vestido; prestan sombra á tu divina cabeza tus cabellos de oro y á través de tu inmortalidad se reconocen las gracias llenas de amor, los indecibles encantos de una doncella francesa.

Mas sencilla la patrona de la Francia culta, es tal vez la patrona de la Francia salvaje. Catalina brilla con aquel resplandor que despidió al dejar de existir. Los fieles que visitaron su lecho de muerte, la vieron tomar un color encendido y una hermosura desconocida que inspiraba amor á la virtud y deseo de ser santo. Catalina conserva, con la transparencia de su glorioso cuerpo la túnica india y el rústico báculo; hija de la soledad ama al que se retiró al desierto antes de inmolarse por la salvación de los hombres.

Así viajaban juntas ambas santas: una libró á París de Atila: Genoveva que precedió al primero de los reyes cristianísimos, que durante una larga serie de siglos, opuso la oscuridad y la virtud de sus cenizas á todas las pompas y calamidades de la monarquía de Clovis; otra no precedió en la tierra sino pocos años al último de nuestros reyes cristianísimos (1); Catalina, que solo conoce la historia de algunos apóstoles de la Nueva-Francia, semejantes á los que vió la pastorcilla de Nanterre cuanto el Evangelio penetró en las antiguas Galias.

Las esposas del Señor se encargaron del mensaje del ángel de la América, que se precipitó á la tierra, mientras aquellas prosiguieron su camino al firmamento.

En un campo del sol, en las campiñas donde el suelo parece ser de calcedonia, de ónice y zafir, están colocados los carros sutiles del alma, carros que se mueven por sí mismos, y cuya materia forma las estrellas (2). Las dos santas se colocaron en uno de aquellos carros, y abandonando el astro de la luz, elevaronse con un movimiento mas rápido que la imaginación, y en breve vieron al sol suspendido á sus piés en los espacios, como una imperceptible estrella.

Siguieron luego el luminoso camino trazado por las almas de los justos, que desprendidos de las cadenas de los cuerpos vuelan á la morada de las eternas alegrías. Por aquel camino pasaban y tornaban á pasar las almas libertadas, como tambien una multitud de ángeles. Estos ángeles bajaban á los mundos para cumplir los mandatos del Altísimo, ó se elevaban hasta él, intérpretes de las oraciones y de los votos de los mortales.

En breve las santas llegaron á esa tierra que se estiende mas allá de la region de las estrellas, y desde donde se descubren el sol, la luna y los planetas, tales como realmente son, sin el medio grosero de la atmósfera que los desfigura á los ojos de los hombres. Doce fajas de diferente color (3), componen aquella

(1) Digo esto por énfasis de la muerte de Luis XVI. Escribia un año despues de la muerte del rey mártir.

(2) Platon.

(3) Iden.

tierra purificada, de la cual la maestra es el sedimento material: una de estas fajas es de una resplandeciente púrpura; otra de un vivo azul, y la tercera de un blanco de nieve. Estos colores esceden en brillo á los de nuestra pintura, que no son sino sus pálidas sombras.

Catalina y Genoveva atravesaron esa zona sin detenerse, y pronto escucharon la armonía de las esferas; armonía que el oído no puede apreciar, y que solo llega al sentido interior del alma. Entraron en la región de las estrellas, que veían como otras tantas estrellas, con sus respectivos sistemas de planetas tributarios. ¡Grandeza de Dios! ¿quién podrá comprenderle? Ya las santas se acercaban á esos primeros mundos colocados á unas distancias que la bala impelida por la pólvora emplearía millones de años en recorrer; y no obstante, entrambas vírgenes solo se hallan en los mas remotos límites del reino de Jehová, de los soles inmediatos á los soles que salen de la inmensidad, y de las desconocidas creaciones que suceden á otras creaciones aun mas desconocidas.

Un hombre que deseoso de conocer el infinito, se colocase con la imaginación en medio de los espacios, se esforzaria en representarse la extensión seguida de la extensión, de las regiones que no empiezan ni concluyen en parte alguna; pero ese hombre presa de continuos vértigos, renunciaria á tan temerario propósito: no menos inútiles serian mis esfuerzos si me propusiese trazar el camino que recorrian Genoveva y Catalina. Ya se abren una senda á través de las estrellas, ya cortan los ignorados círculos donde los planetas ostentan sus errabundas cabelleras. Las dos santas juzgaban haber adelantado mucho, y aun no tocaban sino el eje comun de todos los universos creados (1).

Este eje, de oro vivo é inmortal, ve girar todos los mundos en su derredor, en sus calculadas revoluciones. A distancia igual y á lo largo de este eje están sentados tres espíritus severos: el primero es el ángel de lo pasado; el segundo, el ángel de lo presente; y el tercero, el ángel del porvenir. Estas tres potencias dejan caer el tiempo sobre la tierra, porque el tiempo no entra en el cielo y no baja de él. Tres ángeles inferiores parecidos á las fabulosas Sirenas por la dulzura de su voz, se mantienen á los pies de los tres primeros ángeles y cantan con todas sus fuerzas. El rumor que produce el eje de oro del mundo, al girar sobre sí mismo, acompaña sus himnos. Este concierto forma esa triple voz del tiempo que cuenta lo pasado, el presente y el porvenir, y que algunos sabios han oído mas de una vez en la tierra, acercando el oído á un sepulcro durante el silencio de las noches.

El carro sutil del alma volaba aun, y las esposas de Jesucristo llegaron á esos globos donde residen las almas de los hombres que el Eterno creó por su segunda idea, despues de la formación de los ángeles. (2) Dios formó á la vez todos los ejemplares de las almas humanas y las distribuyó en diferentes mansiones, donde esperan el momento en que han de reunirse á unos cuerpos terrestres. La creación fue una y entera. Dios no admite sucesión para producir.

Las castas peregrinas se conmovieron al espectáculo de aquellas almas iguales en inocencia, que habian de hacerse desiguales por el pecado; unas permanecían inmaculadas, otras llevaban la señal de los clavos con que las pasiones les atarian un día á la sangre y á la carne (3).

Mas allá de los globos donde dormitan las almas

(1) Platon.

(2) Doctrina de algunos Padres de la Iglesia.

(3) Muchos Padres de la Iglesia han defendido estas doctrinas, que no son aquí regla de fe, sino como materia de poesia.

que aun no han sufrido la vida mortal, se estiende el valle á donde deben volver para ser juzgadas, despues de su paso por la tierra. Las santas descubren en la formidable Josafat el pálido caballo montado por la Muerte, las langostas con humano rostro, con dientes de leon y con alas que resuenan como un carro de guerra. Allí se presentan los siete ángeles con las siete copas llenas de la cólera de Dios; allí se halla la mujer sentada sobre la bestia de color de escarlata, en cuya frente está escrita la palabra *Misterio*. El pozo del abismo humea en una de las estremidades del valle, y el ángel del Juicio acercando poco á poco la trompeta á sus labios, parece henchirla con el soplo que debe decir á los muertos: «¡Levantaos!»

Al salir del valle místico, Genoveva y Catalina entran al fin en esas regiones donde empiezan las alegrías del cielo. Estas alegrías no están sujetas como las nuestras al cansancio y á la saciedad del corazon; alimentan por el contrario, en el que disfruta de ellas una sed insaciable de continuar gustándolas.

A medida que las patronas de la Francia se acercan á la mansion de la Divinidad, redoblan su claridad y felicidad. Al punto en que descubrieron los muros de la celestial Jerusalén, apeáronse del carro y se arrodillaron cual unas peregrinas en los campos de la Judea, cuando en el resplandor del Mediodía, Sion se muestra súbitamente á su viva fe. Genoveva y Catalina se levantan, y penetrando en un aire que no es aire, aunque es preciso darle este nombre para hacerse comprender, entraron por la puerta de Oriente. Al mismo tiempo el bienaventurado Las Casas y los mártires canadienses Brebceuf y Jogues, salen al encuentro á Catalina. Siempre encendidas en caridad hacia los indios, no cesaban de cuidar de su salvación. Por un efecto de la gloria de Dios, cuanto mas sufrieron estos confesores de parte de sus ingratos neófitos, mas los aman. Las Casas, dirigiendo la palabra á la patrona de la Nueva-Francia, le dijo:

«¡Sierva del Señor! ¿qué peligro amenaza á nuestros hermanos de las tierras americanas? La tristeza de tu semblante y la que se pinta en el de Genoveva, me hacen temer una desgracia. Nos hemos ocupado en cantar la creación del mundo, y no he podido bajar á las regiones subterráneas.»

«¡Protector de las cabañas! respondió Catalina, no en vano está alarmada tu bondad. Satanás ha desencadenado el infierno contra la América: el ángel custodio del Nuevo-Mundo se ha visto precisado á subir hasta Uriel, para hacerle sabedor de los atentados de los espíritus perversos. Vengo encargada de su mensaje con la virgen del Sena, á suplicar á María que interceda con el Redentor. Santo prelado y vosotros, confesores de la fe unidos á nosotras, para implorar la misericordia divina.»

Mientras así hablaba la hija de los torrentes, los santos, los ángeles, los arcángeles los serafines y los querubines, reunidos en torno suyo experimentaban un religioso dolor. Las Casas y los misioneros canadienses, despidiendo un vivo resplandor de sus llagas, se reunieron á las dos ilustres mujeres. Presentóse entonces el santo rey Luis, quien ostentando en su diestra la palma, se puso á la cabeza de los hijos de la Francia, y dirigiendo á los suplicantes á los tabernáculos de María, llegó á los coros celestiales, á través de los campos que para siempre habitan los hombres que han practicado la virtud.

Las aguas, los árboles y las flores de aquellos desconocidos campos nada tienen de comun con las nuestras, exceptuando los nombres; tienen, sí, el encanto de la frondosidad, de la soledad y frescura de nuestros bosques, y no obstante, no es nada de esto; es un cierto *no sé qué*, sin existencia tangible.

Una música que por donde quiera se escucha y que en ninguna parte se encuentra, resuena incesantemente en aquellos lugares. Ya son unos murmullos

suaves como los de un arpa-colia, que el blando soplo del cófiro agita levemente en una noche de primavera; ya el oído de un mortal creeria oír las quejas de una armónica divina, esas vibraciones que nada tienen de terreno, y que nadan, por decirlo así, en la región media del aire. Regaladas voces, dulcísimas modulaciones se desprenden subitamente de los bosques celestiales, y dispensadas por el soplo de los espíritus, se pierden y espiran. Pero en breve vuelve á resonar en lontananza una vaga melodía, y se perciben ó los acordes sonidos de la trompeta de un ángel ó el himno de un serafín que canta las grandezas de Dios á la orilla del rio de vida.

No como en la tierra alumbra aquellas felices mansiones una luz grosera, sino que deslizándose cierta suave claridad sobre las tierras místicas, y se funde en cierto modo como una nieve, se insinúa en todos los objetos, les hace brillar con la luz mas plácida y los reviste de completa suavidad. El eter, á pesar de su tenuidad, seria aun demasiado material para aquellos lugares; el aire que en ellos se respira el mismo amor divino; aquel aire es una especie de melodía visible que llena á la vez de resplandor y de conciertos deliciosos las blancas campiñas do moran las almas.

Las Pasiones, hijas del Tiempo no entran en el inmortal Eden. El hombre que habiendo aprendido en tiempo oportuno á meditar y morir, se ha retirado al sepulcro, esento de las dolencias corporales, vuela á la mansion de vida. Libre ya de sus temores, de su ignorancia, de sus tristezas, esa alma contempla eternamente en éxtasis infinitos lo que es verdadero, divino, inmutable y superior á la opinión; no obstante, sino tiene ya las pasiones del mundo, conserva el recuerdo de los objetos de su pasado cariño. ¿Existiria acaso verdadera felicidad sin la memoria de las personas á quienes hemos amado y sin la esperanza de verlas de nuevo reunidas á nosotros algun dia? Dios, inagotable manantial de amor, deja á los predestinados toda la sensibilidad de su corazon, depurando tan solo esta sensibilidad de su natural flaqueza; los mas felices y los mas santos son los que han amado mas.

Así trascurren rápidos los siglos de los siglos. Los elegidos existen, piensan y ven todo en Dios, y la felicidad de que esta union les llena es deleitosa. Beben en el manantial de la verdadera ciencia y penetran en los diseños de la suprema sabiduría. ¡Qué espectáculo tan maravilloso! ¡Cuán breve debe ser la eternidad que en tales éxtasis trascurren!

Los secretos mas recónditos y sublimes de la naturaleza se muestran claramente á esos hombres de virtud. Conocen las causas del movimiento del abismo y de la vida de los mares; ven al oro filtrarse en las entrañas de la tierra; siguen la circulación de la savia en las venas de las plantas; y así el hisopo como el cedro no pueden ocultar á la vista del santo la maravillosa lanzadera que forma sus hojas y el tejido de su corteza.

Mas, ¿qué digo? no son tan curiosos secretos los que ocupan únicamente á los bienaventurados, pues Jehová les ofrece otras alegrías, nuevos espectáculos. Abrazan con la mirada las órbitas en que giran los diferentes astros; conocen la ley que rige á los globos, que les repele ó les atrae; descubren las cadenas que retienen á esos globos y van á parar á la mano de Dios; cadenas que su dedo podria romper con la misma facilidad que el obrero rompe una seda. Los elegidos ven á los cometas correr á los pies del Altísimo para recibir sus órdenes y partir con encendidos ojos y flamígera cabellera para reducir á cenizas algun mundo. ¡Oh Paraiso! ¡tu cantor no puede bastar á pintar tus grandezas! ¡Oh Virtud! ¡préstame tus alas para llegar á esas regiones de beatitud! ¡Desiertos y rocas, venid á mí! ¡Tomadme en vuestro seno, para que alimentado lejos de la humana corrupcion, pue-

da, al abandonar esta miserable vida, volar á la mansion de la eterna ciencia y de la suprema hermosura!

En la patria de la gracia y del amor, el santo rey y las santas patronas de la Francia se dirigen en busca del trono de María. Un canto seráfico les anuncia el lugar donde reside la Virgen que encerró en sus entrañas al que no cabe en la extensión del universo, y descubren en un resplandeciente pesebre, en medio de los ángeles, en adoracion y rodeada de una nube de incienso y flores, á la Libertadora del mundo, adornada de los siete dones del Espiritu Santo. Unica entre todos los justos, María conserva su cuerpo, y en su frente resplandecen una tierna compasion hacia los hombres cuya hija fue, y una paciencia y una dulzura sin igual.

Genoveva, Catalina y Luis, rey en el cielo como en la tierra, el bienaventurado Las Casas y los santos mártires de la Nueva-Francia, se adelantan hacia la celestial muchedumbre, que abriéndose á su paso les dejó acercarse al trono de María; prosternándose y Catalina dijo:

«Madre de Emmanuel, segunda Eva, reina cuya mas indigna sierva soy, apiádate de un pueblo próximo á ser exterminado. La serpiente cuya cabeza has quebrantado, ha vuelto al mundo para perseguir á los hombres, y especialmente el nuevo imperio de San Luis. ¡Oh María! acepta los humildes votos de la hija de una nueva Iglesia, de la primera virgen consagrada al borde del torrente! ¡Oye la oracion de esa, de esta otra virgen y de estos santos, profundamente humillados á tus plantas!»

«Divina madre de Dios, tú abristes tus labios, y un delicioso perfume llenó la inmensidad del cielo. He aquí tus palabras.»

«Virgenes del desierto, caritativas patronas de las dos Francias, santo rey, misericordioso prelado, y vosotros animosos mártires, vuestras oraciones han hallado gracia en mi oído; voy á subir al trono de mi hijo.»

Dijo, y partió como una paloma que remonta su vuelo. Sus ojos se dirigieron á la morada de Jesucristo, sus brazos se estendieron en forma de oracion y sus cabellos flotaban sostenidos por rostros de querubines de incomparable hermosura. Los pliegues de la túnica que en la tierra vestía, cubrian sus pies que se diseñaban á través del inmortalizado velo. Las virgenes y los santos, de rodillas, miraban deslumbrados su ascension, mientras Gabriel precedía á la Consoladora de los afligidos, cantando la salutación que repetían los ecos sagrados. Menos encantador era en la antigüedad aquel modo de música, expresión de las delicias de un cielo en que el genio de la Grecia se asociaba á la hermosura del Asia.

María se acerca al inmortal Calvario: el aspecto del Paraiso empieza á presentar una magestad mas terrible. Allí ningún santo, sea cual fuere la elevación de su felicidad y de sus virtudes, puede comparecer; allí, los ángeles, los arcángeles, los tronos, las dominaciones y los serafines no se atreven á tender su vuelo; tan solo los querubines, primogénitos de los espíritus, pueden sufrir el fuego del santuario donde reside Emmanuel. En aquellos abismos flotan visiones como la que despertó á Job en medio de la noche y que hizo erizar los pelos de su carne. Unas tienen cuatro cabezas y cuatro alas; otras no son sino una mano; la mano que asió por los cabellos á Ezequiel, ó que trazó las indescifrables palabras en el festin de Baltasar. Aquellos lugares son oscuros por el exceso de luz, y los surca el rayo de tres puntas.

Una cortina, cuya imagen era la que ocultaba el Arca á los ojos de los hebreos, separa las regiones inferiores del cielo de esas otras sublimes regiones: todo el poder reunido de hombres y ángeles no bastaria á levantar un solo pliegue de la prodigiosa cortina, cuya custodia está confiada á cuatro querubines

armados de espadas de fuego. No bien esos ministros del Altísimo descubrieron á la hija de David, se inclinaron respetuosos, y la Caridad abrió sin esfuerzo alguno las cortinas de la eternidad. El Salvador se muestra á María sentado sobre un sepulcro inmortal, á cuyo través comunica con los hombres.

María, penetrada de un santo respeto, llega á este altar del Cordero y le presenta sus votos unidos á los de la tierra, que Jesucristo va á presentar á su vez á los pies del Padre Todopoderoso. ¿Quién podría reproducir la conversacion de María y Emmanuel? Si la mujer tiene para su hijo espresiones tan divinas, ¿cuáles serian las palabras de la madre de un Dios, de una madre que habia visto espirar á su Hijo en una cruz, y le hallaba de nuevo disfrutando de eterna vida? ¿Cuáles debian ser tambien las palabras de un

hijo y de un Dios? ¡Qué amor filial! ¡qué abrazos maternales! Un momento solo de tamaña felicidad bastaria para aniquilar en el exceso de su dicha á todos los mundos.

Jesucristo salió de su trono con un lábaro de fuego súbitamente formado en su diestra, y su Madre quedó en el santuario de la cruz. La misma María no podria penetrar en aquellas profundidades del Padre en que se sumergen el Hijo y el Espíritu. En el mas secreto tabernáculo del Santo de los santos están las tres ideas existentes por sí mismas, ejemplares increados de todas las cosas creadas. Por un misterio inesplicable, el caos se mantiene oculto detrás de Jehova. Cuando este quiere formar algun mundo, llama á su presencia una pequeña parte de la materia, dejando el resto á su espalda, porque la materia se animaria



CHACTAS REFIERE Á LOPEZ SUS AMORES CON ATALA.

toda á la vez si compareciese ante las miradas de Dios.

Una voz única hizo resonar eternamente una palabra única en el Santo de los santos. ¿Qué dijo?

LIBRO QUINTO.

El Eterno reveló á su Hijo querido que sus designios sobre la América eran preparar al género hu-

mano en aquella parte del mundo una renovacion de existencia. El hombre, iluminándose por medio de conocimientos siempre progresivos y nunca perdidos, debia hallar de nuevo aquella sublimidad primitiva de que el pecado original le habia hecho caer; sublimidad de que el espíritu humano habia vuelto á hacerse capaz mediante la redencion de Jesucristo. No obstante, el rey del cielo permite á Satanás un momento de triunfo para espacion de algunas faltas particulares; y el infierno, aprovechándose de la libertad concedida á su rabia, utiliza y hace nacer todas las ocasiones del mal.

La nueva del obstinado combate de Onduré y del hermano de Amelia se habia divulgado entre los natchez. Akansia, que veia en este hecho una nueva prueba del amor de Onduré á Celuta, experimentaba mas vivos tormentos. El partido de los salvajes, alimentado en los sentimientos de Adario, preguntaba por qué razon se recibia á aquellos extranjeros, instrumentos de discordia y esclavitud, mientras los indios partidarios de Chactas elogiaban el valor y la generosidad de su nuevo huésped. Por lo que respecta al hermano de Amelia, que no encontraba ni en los sentimientos de su corazon ni en su conducta los motivos de la enemistad de Onduré, no podia alcanzar la causa que habia inducido al salvaje á una tentativa de homicidio. Si Onduré amaba á Celuta, René no era su rival, pues toda idea de matrimonio le era odiosa, y apenas habia advertido la naciente pasion de la hermana de Outougamiz.

Habiéndose anunciado la vuelta del gran Jefe de los natchez, oyóse resonar el sonido de un caracol. «Guerrero blanco, dijo Chactas á su huésped; ha llegado el Sol; préstame el apoyo de tu brazo y vamos á situarnos al paso de nuestro cacique.» El sachem y René, cuya herida era leve, se adelantaron con la muchedumbre.

Poco tardaron en dejarse ver el gran sacerdote y los dos levitas, maestros de ceremonias del templo del Sol; cubriáanse con túnicas blancas, y el primero llevaba sobre la cabeza un mochuelo diseado. Aquellos sacrificadores marchaban con mesurado paso, y fijos en el suelo los ojos, murmuraban un himno sagrado. Chactas dijo á René que el principal juglar era un sacerdote, codicioso y crédulo, que podrá llegar á ser peligroso por sugerencias de algunos hombres mas perversos que él.

Detrás de los levitas se adelantaba un viejo sin esteridad alguna de poder. «¿Quién es, preguntó el hermano de Amelia á su huésped, el sachem que sigue á los sacerdotes, y cuyo aspecto es afable y sereno?» «Hijo mio, le respondió Chactas, es el Sol; háse captado el amor de los natchez por el sacrificio que ha hecho á su patria de las prerogativas de sus abuelos. Es un hombre dotado de inalterable dulzura, de una paciencia imperturbable, y de una fuerza casi sobrenatural para sufrir el dolor; ha cansado al tiempo, porque está proximo á cumplir cien años. He tenido la dicha de contribuir con él y con Adario á la revolucion que nos ha devuelto la ansiada independencia. Los natchez nos miran como á sus tres caudillos, ó por mejor decir, como á sus padres.»

En pos del Sol marchaba una mujer que llevaba de la mano á su tierno hijo. Las facciones de aquella mujer llamaron la atencion de René, pues la naturaleza habia esparcido en ellas una espresion alarmante de pasion y debilidad. El hermano de Amelia la señaló al sachem.

«Llábase Akansia, repuso Chactas, y la llamamos la mujer Jefe; es la parienta mas inmediata del Sol; y su hijo, con exclusion del hijo del Sol, debe ocupar un dia el puesto del gran Jefe de los natchez, pues la sucesion al poder se verifica entre nosotros en línea femenina.»

«¡Ah, hijo mio! prosiguió Chactas; los habitantes de los bosques no estamos ya mas al abrigo de las pasiones que los hombres de tu país. Akansia alimenta por Onduré, que la desdena y la vende, un amor criminal; Onduré ama á Celuta, esa india que preparó tu primer almuerzo, y es hermana de ese sencillo salvaje que te juró eterna amistad sobre las ruinas de una cabaña; pero Celuta ha rechazado siempre el corazon y la mano de Onduré. Tú has visto ya hasta qué punto pueden rayar los furores de los zelos. Si Onduré correspondiese al fin á Akansia, es imposible calcular los desastres que acarrearía esta union.»

Inmediatamente despues de la Mujer-Jefe marchaban los caudillos militares. Habiendo uno de estos tocado á su paso el hombro de Chactas, René preguntó á su padre adoptivo quien era aquel sachem de rostro escualido, cuyo severo continente formaba tan notable contraste con el aire de bondad de los demás ancianos.

«Es el gran Adario, respondió Chactas, el amigo de mi infancia y de mi vejez; abraza un amor á la libertad que le haria sacrificar su mujer, sus hijos y á sí mismo. Hemos peleado uno al lado del otro en casi todos los bosques; cincuenta años há que nos vestimamos, aunque nos hallamos casi siempre en oposicion de ideas y de miras. Yo soy la roca, él es la planta marina que crece á mi derredor; las olas de la tempestad han minado nuestras raices, y en breve rodaremos al abismo sobre el cual nos inclinamos á la par. Adario es tio de Celuta y le sirve de padre.»

Luego que los caudillos militares hubieron pasado, mostráronse los dos oficiales encargados del reglamento de los tratados, y el edil encargado de vigilar los trabajos públicos. Este edil pensaba retirarse y Onduré aspiraba á ocupar su cargo; pues este, que era el principal del Estado, despues del que desempeñaba el Gran Jefe, daba el derecho de regencia en la minoria de los Soles. Una tropa de guerreros llamados Allouez, que en otro tiempo componian la guardia del Sol, cerraba la comitiva; pero aquellos guerreros dispersos en las tribus, no existian ya como un cuerpo distinto y separado.

El Gran Jefe acompañado de la muchedumbre se detuvo en la plaza pública, y Chactas se hizo llevar hasta él exhalando tres gritos. Entonces dijo al Sol que un francés solicitaba ser adoptado por una de las tribus de los natchez. El Gran Jefe respondió: «Accedo;» y Chactas se retiró prorumpiendo en otros tres gritos, un poco diferentes de los primeros. El hermano de Amelia supo que se trataba de su adopcion de allí á tres dias.

René empleó estos tres dias en llevar de cabaña en cabaña los presentes de costumbre, que fueron aceptados por unos y rechazados por otros, segun que se inclinaban en pro ó en contra de la adopcion del extranjero. Al presentarse René en casa de los padres de Mila, esta le dijo: «No has querido que yo fuese tu mujer; no quiero, pues, ser tu hermana; aléjate!» La familia aceptó los presentes que la ofendida Mila habia despreciado.

René ofreció un velo de muselina á Celuta, que ofreció bajando sus ojos, conservarlo toda su vida; intentaba significar en esto que lo guardaria para el dia de su boda; pero ninguna palabra de amor salió de los labios del hermano de Amelia. Celuta pidió tímidamente noticias de la herida de René; y Outougamiz, admirando lleno de júbilo el valor del compañero que habia elegido, llevaba con noble orgullo la cadena de oro que le ligaba á la suerte del hombre blanco.

Habiendo llegado el dia de la adopcion, esta fue concedida á solicitud de Chactas y á pesar de la oposicion de Onduré. La afrenta de una derrota habia cambiado en el corazon de este hombre en impla-